

Prólogo

Rodrigo Cánovas

A la vuelta de cada siglo resurge naturalmente en todo el Orbe una irreprimible inquietud por los orígenes, una necesidad compulsiva de conceptualizar el pasado, de volver a ilusionarse con él, de hacerlo real. En nuestra América este rito se potencia, cobrando un sentido de trascendencia absoluta, en la medida que se retroalimenta de una coincidencia: el descubrimiento de América ocurre también hacia los últimos años de un siglo. Así, cada fin de siglo nos precipita tanto a la Creación como al Apocalipsis.

¿Cómo se está haciendo esta Summa (ignea) en nuestros años finiseculares? ¿A qué saber nos atenderemos?

Habrá que acudir, una vez más, a la disciplina histórica, ya que su objeto de estudio es el pasado. Los historiadores creen en él y tienen fe en recuperarlo. Ellos nos han legado una rica y compleja secuencia de acciones (un archivo de datos), una serie de actores centrales que la animan (conquistadores, soldados y encomenderos) y un modo empírico de interpretar sus enlaces y desenlaces (la verdad positivista no se ha dejado enajenar por las mediaciones conceptuales).

La disciplina histórica opera como una Ley que evita el caos, pero que inhibe la imaginación dialógica (pues ha tendido tradicionalmente a omitir actores y perspectivas de relevancia para el orden colonial). El saber antropológico surge entonces como un discurso contestario, que propone una lógica del pensamiento que integra la diversidad de la experiencia cultural humana (en el caso colonial, la experiencia indígena). Sin embargo, los que recrean este saber

antropológico debieran estar aún más conscientes de las trampas que nuestra propia Cultura dispone para instaurar un diálogo con el otro.

La tradición histórica es nuestro principio de realidad y el discurso antropológico (cultural y lingüístico), el reino sitiado de la ilusión. ¿Cómo ambos saberes podrán colmar el sentimiento de marginalidad primigenio sentido en la actualidad? (¿o sólo bastará su imbricación, como ha estado ocurriendo en el último tiempo, durante el cual historiadores y antropólogos intercambian notas, impresiones, temas y procedimientos).

Es justamente este malestar de la cultura postmoderna el que otorga trascendencia a la crítica literaria colonial actual, que construye un pensamiento ético aunando la experiencia retórica del lenguaje con la de la marginalidad.

Al privilegiar el lenguaje como modelador de lo real (tesis de la semiótica de la cultura), el crítico literario logra modificar cierta noción ingenua que se tiene sobre la verdad histórica: los documentos (fuentes) no valen tanto por la información (denotativa) que otorgan, sino por sus modos discursivos (y la situación comunicativo adscrita a ellos); en breve, la verdad del mensaje histórico está en el, medio que la sustenta. Este cambio de soporte (de los hechos a las palabras) conlleva también un cambio de perspectiva (de lo real a sus modos de ficcionalización).

Acéptese esta imagen literaria de los estudios coloniales (más poética que histórica, por cierto, al decir del Filósofo, y dando disculpas a diestra y siniestra, como diría el antipoeta) como un modo provocativo de llamar la atención sobre el carácter singular (integrativo y heterodoxo, fronterizo y dialógico) del libro de Gilberto Triviños, *La polilla de la guerra en el Reino de Chile*, quien logra hermanar armoniosamente tradiciones escépticas y humanistas del pensamiento, para hablar sobre nuestra cultura.

Este libro que prologo es una lectura pasional de la historia colonial, un drama picaresco contado con fina ironía (en vez del santo varón, la caterva de fugitivos, amotinados, indios

blancos, sodomitas, cautivos castos, hijos pródigos, y más), en el cual se modifican los límites de nuestra experiencia cotidiana. Comparte con otros estudios literarios su vocación semiótica (es decir, la atención a las reglas retóricas y conceptuales del discurso); pero su análisis integra también otras perspectivas (teorías del poder, crítica y desmitificación de las ideologías, basadas en presupuestos extralingüísticos), que te permiten incursionar desde dentro por las utopías políticas y filosóficas de nuestro tiempo.

Presentemos brevemente el temario de este libro, para luego pasar a imaginarnos el espacio existencia] que lo sostiene.

El texto de Gilberto Triviños es un amplio comentario sobre las crónicas chilenas coloniales, complementado con una cuidadosa información sobre la realidad colonial en los demás reinos (incluido también, lateralmente, Nueva Inglaterra).

En su primer capítulo, «Epopéya, tragedia, antiepopéya», su autor se hace cargo de los tópicos más frecuentes de los estudios coloniales, estableciendo un interesante diálogo crítico con historiadores, antropólogos, sociólogos de la cultura y analistas del discurso, asintiendo, corrigiendo o entrando en polémica abierta con ellos.

Este capítulo es una reflexión sobre la caída, la culpa o el mal del Conquistador: en vez de gloriosas hazañas de santos varones, calamitosa guerra -»polilla o sobrehueso«- además de bárbaros casos, que destruyen las ilusiones del Imperio.

Los otros dos capítulos, «Suspiros, voces y bramidos en la Araucanía» y «La ruta de los hombres perversos», constituyen un lúcido comentario sobre las debilidades y grandezas del espíritu, desde el registro irónico y compasivo de las experiencias supuestamente anómalas en el orden colonial. Los materiales aquí privilegiados son los relatos de cautivos, complementados con las historias de desertores, fugitivos, tráfugas, amotinados, pérfidos apóstatas, sodomitas, cautivos castos (hostiles a la mezcla de sangre), bramadoras (proclives),

bárbaros blancos (que no quieren volver donde los suyos), hijos pródigos (que van y vienen concertando la paz) y otros.

Es la celebración de las Vidas Ejemplares de nuestros reinos, la calle de la miseria moral de Imperio, su corte de los milagros. Vergüenza para muchos, pero no para nosotros, pues en esas vidas está la verdad y la pasión, el error, el cambio y la trascendencia. De ellos se anota que emprendieron el viaje hacia lo diverso, que hablaron el lenguaje del otro e inauguraron el descontrol.

¿Podrá entenderse el orden cultura] de una sociedad desde el análisis de sus anomalías? ¿Cuál es el modelo más útil para nuestra perfectibilidad ética en la hora actual? ¿Dónde está la miseria humana? Si sabíamos quiénes son los héroes de estos reinos, ahora sabemos las historias de sus perversos. Un avance.

Hemos acotado el proyecto de este texto crítico; es necesario referirse ahora a la subjetividad de su autor. ¿A qué protocolos del lenguaje acude para contarnos estas «otras historias»?

Existe un hábil ejercicio comparativo de un vasto material colonia], sostenido por una impecable erudición. Gilberto Triviños compara las crónicas chilenas entre sí (he contado 18 textos coloniales nacionales) y también todas éstas con las de otros reinos (en especial, del Perú). En el círculo de los relatos de cautivos (recolectados entre los diversos textos coloniales y entresacados de documentos, crónicas y hallazgos recientes de testimonios) bosqueja de modo inédito una comparación entre nuestras historias de cautivos y los de Nueva Inglaterra (privilegiándose en la muestra de lengua inglesa las voces femeninas).

Nuestro crítico tiene el don de la ubicuidad. Con él nos trasladamos de espacio y de tiempo y constantemente volvemos sobre nuestros pasos, cautivados por los desplazamientos físicos y mentales de lo,, parias americanos. Es el llamado de la frontera, el regreso picaresco a los blancos de nuestra memoria.

Si es verdad que este texto tiene un carácter cinético (versiones y análisis relacionales conforman una red interpretativa móvil) también presenta espacios fijos de memoria, cuando se copian largas citas de textos coloniales en el cuerpo de la página (conminándonos así a prestarles más atención). Estamos en presencia de un pequeño memorial, un collage de voces de gentes conocidas o nunca vistas, que interfiere y modifica nuestra percepción sobre los hechos y modos de contar del pasado.

Gilberto Triviños forma parte del grupo de intelectuales chilenos formado en la gran tradición académica de las Humanidades. Esta tradición vivió uno de sus ciclos más vitales en la década de los años 60, cuando se sumó la curiosidad científica, el optimismo ante la vida y la fe en el cambio social. Quizás ese clima existencial explique la capacidad de este autor de integrar libremente distintos enfoques críticos y procedimientos de análisis.

De la prestigiosa tradición de estudios filológicos (comprensión y fijación de un texto, a la luz de la historia de la lengua), retorna su rigor comparativo (análisis de versiones, aclaración de términos a la luz de la gramática histórica), la clara erudición y cierto afán polémico de carácter purista, basado en la seguridad que otorgan largas jornadas de estudio y reflexión.

De las teorías críticas del sistema capitalista, recrea con justeza la noción de desmitificación, reconociendo así que hay un saber central (un faro que alumbraba), acompañado de una ética que no ha sido eclipsada por la así llamada crisis de los grandes relatos.

Es, sin embargo, la nueva crítica (ligada al análisis estructural y el análisis del discurso) la que le otorga a su estudio un rasgo de mayor especificidad y contingencia.

La lógica estructural le otorga reglas (homológicas, de inversión, de biyección) y taxonomías que le permiten ordenar un material heteróclito y relacionarlo de un modo creativo. Así, en la amplia clase de actores marginales, se distinguirán con gran claridad el cautivo, el desertor, el fugitivo y el tráfuga, oponiéndose los cautivos castos a los soldados fornicarios y a los violadores; y más lúdicamente (poniendo la filología al servicio de la picaresca),

distinguiéndose entre mujeres blancas que «claman» (según una versión) o que «braman» (según otra, la primera), siendo Dios o los hombres los responsables (según el caso).

El análisis retórico del discurso le permite distinguir las mediaciones conceptuales que guían el espíritu colonial. Así, se nos recuerda que la destrucción de las ciudades del Sur de Chile (debido a las rebeliones indígenas de 1553, 1598 y 1655) es vivida como castigo divino, según el modelo bíblico de Sodoma y Gomorra.

Con la retórica aprendemos que la cultura (modos de pensar, conceptos y retruécanos de la escritura) genera nuestra percepción del mundo. Sin retórica, no hay acceso a la verdad humana.

Todos estos saberes (filológico, filosófico-político, estructural y retórico) están al servicio de una noción singular de comunidad: una sociedad es sana cuando concibe lo extraño como un espacio de libertad y no de exclusión. Quedan fuera aquí las imágenes culturales de extirpación, asimilación pragmática o imbunchamiento. En la otra orilla está el sueño americano (y paradójicamente, es esta orilla).

He ido postergando en este prólogo el aspecto sensorial de esta escritura, ligada al humor y a los juegos con el lenguaje (aunque algo ya se ha dejado entrever). Las miserias humanas de capitanías y reinos son expresadas frecuentemente a través de giros verbales de las mismas crónicas y documentos de la época. Se nos dirá, por ejemplo, que habrá soldados «que han producido en Chile más escándalo que edificación, más ruina que provecho, más aversión a la doctrina cristiana que afición».

Este léxico de época cumple funciones estilísticas (de pátina o maquillaje, lográndose un efecto estético), filológicas (de remisión a otro tiempo histórico) y, muy especialmente, paradójicas (el decoro de los textos coloniales es transformado en hipocresía imperial). Aprendemos que los malos casos se nominan también «bonicas hazañas»; las indias, «objetos venéreos», y las

blancas que consienten con mayor voluntad, «bramadoras». Humor picaresco, distancia irónica, interesante juego conceptista con los dobleces del espíritu.

El libro de Gilberto Triviños es, en la actualidad, uno de los textos más informados y mejor escritos sobre las letras coloniales. Por su culpa, aquellas personas a quienes se tienen por viles e indignas de las ventajas de que gozan los demás (léase aquí parias, según definición del diccionario) habrán de pasar incólumes el umbral de este siglo (e incluso disfrazados de gentes normales, como si la vida fuera un farándula). Mundo al revés. Habrá que resignarse.